

LOGIA

EDICIÓN REVISADA 10° ANIVERSARIO

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Francisco Ortega
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño: Catalina Chung Astudillo

1ª edición: agosto de 2024

ISBN: 978-956-408-546-3

RPI: 243.356

Impreso en China / Printed in China

FRANCISCO ORTEGA

LOGIA

EDICIÓN REVISADA 10° ANIVERSARIO

IMPORTANTE

Aunque esta es una obra de ficción, los hechos, personajes y referencias históricas son reales. La Logia Lautarina existió, así como sus conexiones con otras sociedades secretas y paramasónicas europeas y norteamericanas durante los siglos XVIII y XIX. Francisco de Miranda fue formado en Estados Unidos, Inglaterra y Rusia en doctrinas iniciáticas que posteriormente inculcó a José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Simón Bolívar y Antonio Sucre, entre otros discípulos y hermanos. El ataque contra la tumba de Juan Domingo Perón fue real y está registrado en todos los diarios de la época. La organización cristiana evangélica de ultraderecha conocida como La Familia también existe. En 2012 se hizo oficial el hallazgo de que Santiago de Chile no fue fundada en 1541, sino que Pedro de Valdivia la levantó sobre una urbe mesoamericana de origen incaico que ya existía en la zona, cuyos vestigios se encuentran hoy bajo el centro histórico de la capital. Las pruebas de que Cristóbal Colón navegó hasta América usando más de tres embarcaciones, lo que ha alimentado el "mito" de la cuarta carabela y su cargamento, son fidedignas y están registradas no solo en las memorias del papa Inocencio VIII, sino también en su lápida, al interior de la basílica de San Pedro. La tecnología y los vehículos mencionados en la novela son reales y están actualmente en uso —o en etapa de prueba— en fuerzas armadas y agencias gubernamentales como FBI, NSA, Interpol e incluso las policías metropolitanas de grandes ciudades latinoamericanas como Buenos Aires, Río de Janeiro o Santiago.

Nosotros estamos en nuestra aurora,
la Europa toca su occidente;
y si las tinieblas se apresuran
a envolverla, para nosotros
amanecerá un día puro...

BERNARDO MONTEAGUDO

*They will not force us,
They will stop degrading us,
They will not control us,
We will be victorious.*

MATT BELLAMY

1

Londres, Reino Unido

Mientras caía desde el séptimo piso del Hotel Dorchester sobre Park Lane Avenue, Bane Barrow entendía que no era cierto aquello de que en los últimos segundos toda la vida se pasaba frente a los ojos. El tiempo era tan poco que a lo más alcanzaba para un par de horas. Y las últimas del escritor más exitoso del mundo estaban entre las mejores de toda su existencia.

Enumeró:

Primero, la fiesta que Schuster & House organizó para festejar los ciento diez millones de ejemplares vendidos de *La esposa sagrada*, su más reciente novela. Segundo, el hecho de que su propia editora y mejor amiga, Olivia Van Der Waals, se hubiese encargado de la organización, detalle no menor y gracias al cual vino todo el planeta —con todo lo bueno y malo que ello acarreó, incluida una muy aburrida conversación con la esposa de Ken Follet—. Tercero, la cita perfecta que se suponía iba a tener después de los festejos.

Supuso:

Mientras caía desde el séptimo piso del Hotel Dorchester sobre Park Lane Avenue, Bane Barrow olvidaba la fiesta y se concentraba en lo que había ocurrido al final de las candilejas, exactamente cincuenta y cinco minutos antes de su inevitable muerte.

Recordó:

A las veintitrés con cinco llamaron a la puerta de la suite 704. Bane Barrow estaba recostado sobre las sábanas y esperó a que repitieran el golpeteo un par de veces antes de levantarse a abrir. En el trayecto se acomodó la bata y verificó que la botella de Gold Methuselah estuviera bien fría dentro de la cubeta con hielo. Aprovechó de bajar un poco la intensidad de la luz, acomodarse hacia atrás su cada vez más escaso cabello y respirar profundo. Aún se sentía nervioso, como si fuera su primera vez.

La luz de un helicóptero de la Policía Metropolitana de Londres se coló por los ventanales y cortinas, estirando sombras en cada esquina de la habitación. Bane apretó con su transpirada mano derecha la manilla de la puerta y abrió.

—Te tardaste.

Fueron las primeras dos de las últimas tres palabras de su vida.

El golpe lo empujó con fuerza dentro de la habitación, haciéndolo resbalar contra la mesa de centro. Hielo, una cubeta de acero inoxidable y una botella de champaña muy cara se vinieron contra su cabeza, abriéndole una herida encima de la ceja izquierda. La sangre le nubló la vista en un rojo húmedo. Intentó ponerse de pie cuando una patada en la entepierna volvió a tirarlo al suelo. Entonces sintió que algo duro y fuerte le golpeaba la espalda. El dolor y la sorpresa le impidieron darse vuelta, pero estaba seguro de que lo que caía sobre sus hombros y cadera era algo parecido a un palo de golf. Sentía cómo su interior se estremecía ante cada impacto, que la carne se le rajaba por dentro y que coágulos se le juntaban en la garganta para cortarle el habla.

Apretó los dientes e intentó reptar hasta uno de los veladores, buscando el teléfono. Conocía el número de emergencias, así que solo necesitaba alcanzar el aparato, aunque sabía, podía adivinar, que no lo iba a lograr. Con los ojos mojados contempló las piernas de su atacante, paradas firmes tras él, acechando para el nuevo ataque.

Un golpe contra la espalda lo tumbó sobre la alfombra. Dos, tres más lo molieron por dentro. Un agudo dolor le paralizó un costado; algún órgano dentro suyo se había roto. Tuvo ganas de vomitar, pero le resultó imposible. Bane Barrow giró con el cuerpo reventado y cruzó su brazo derecho sobre la cara.

—Basta... —sollozó atragantado con su propia sangre.

El atacante lo cogió del pelo y levantó con fuerza hasta acercarlo a centímetros de su cara.

—Hágase la voluntad del Señor a través de su Hermano Anciano —dijo e inmediatamente azotó la frente del escritor contra el borde de una de las mesas de noche.

Bane Barrow trató de modular alguna palabra, de volver a pedir piedad, pero no hubo sonido, solo un vómito ácido y maloliente, después un nuevo impacto contra la cabeza y todo se fue a negro.

Cuando el autor de *La esposa sagrada* volvió a abrir los ojos se descubrió de pie, parado en el borde de la terraza de la habitación, con el frío viento del noviembre londinense cortándole el rostro. Tenía sangre por todas partes, un agudo dolor en la parte baja de la espalda que lo hacía retorcerse cada vez que respiraba, manchas de vómito, la vista nublada y la seguridad de que esos eran sus últimos momentos.

Entonces vino el empujón.

La imagen borrosa del gran rectángulo negro del Hyde Park se curvó en un remolino.

Mientras caía desde el séptimo piso del Hotel Dorchester sobre Park Lane Avenue, Bane Barrow comprendía que aquella advertencia que había recibido hacía pocas semanas estaba lejos de ser la broma ligera de un fanático. Cerró los ojos y trató de estirar los dedos, eso que habían marcado en su espalda le ardía mucho, del infierno, pero ya no tenía importancia, en un instante su cuerpo obeso de ciento doce kilos se estrellaría contra el techo de un sedán Daimler que tuvo la mala suerte de salir del estacionamiento del hotel a esa misma hora.

2

Shanghái, China tres semanas después

Tras la formalidad inicial, la segunda pregunta fue la esperada: si insistía en mi tesis de que el general Augusto Pinochet aceptó liderar el golpe de Estado de 1973 por orden de una sociedad secreta. Contesté en automático, consciente de que el nombre de Pinochet seguía funcionando a la hora de ganar la atención mediática. Cincuenta, sesenta años después y nada cambiaba. Un ejecutivo de Warner me lo subrayó cuando me radiqué en Los Ángeles: «No sacan nada con evadirlo, lo único que al primer mundo le interesa de Chile es Pinochet. Acá amamos a los villanos y ustedes tienen uno de los mejores del siglo veinte, ¿quieres triunfar como novelista o *showrunner* en esta ciudad? Usa a Pinochet hasta atragantarte, aunque tengas que mentir». Tenía razón, una mentira creativa y útil.

—¿La Logia Lautaro? —continuó la entrevista.

—Los procesos políticos más importantes en la historia de Hispanoamérica han sido guiados por los hilos de este grupo, que opera desde fines del siglo dieciocho. Partiendo por la independencia de nuestros países y el fracaso del sueño bolivariano. No es extraño que su mano se extienda hasta nuestros días a través de sectas al interior de la masonería, los gobiernos o las fuerzas armadas. Si uno profundiza en la organización, resulta lógico inferir sus manipulaciones en los golpes de Estado del siglo pasado, la Revolución cubana, la Unidad Popular de Allende e incluso la seguidilla de pronunciamientos militares de derecha e izquierda en la Venezuela de Chávez y Maduro, las teocracias brasileñas, los choques fronterizos y la inminente segunda guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, o el alzamiento de los pueblos originarios de Chile y Argentina. Todo obedece a un plan cuidadosamente

orquestrado por un grupo enigmático del cual yo no he inventado nada, solo investigado sus acciones.

—Algunos autores sostienen que esta logia no fue más que un instrumento usado por el gobierno británico para que España perdiera su dominio en América...

—Y quedarse con el monopolio del comercio —completé—. En efecto, esa es una de las teorías más populares. Se cimenta en la propuesta —subrayé la palabra— que ofertó Francisco de Miranda a la Corona inglesa. También en el dato de que el plan estratégico para liberar a Argentina, Chile y Perú fue ideado por un general escocés: Thomas Maitland. Lo anterior, sin embargo, no se contradice con el hecho de que este grupo existió y cumplió una misión determinada en la historia de Hispanoamérica... Y que es probable que aún lo siga haciendo.

—¿Y cuál habría sido la gran finalidad de esta organización?

—Existen muchas —fui evasivo—. Pero, si me apuras, yo adhiero a la idea de concretar el sueño de Bolívar y de Miranda: convertir Sudamérica en un gran Estado conjunto: un país continente confederado.

—Como espejo de los Estados Unidos.

—Francisco de Miranda solía hablar de los Estados Unidos de Sudamérica y Colombo. Su idea fue concretada en la gestación de la Gran Colombia en 1821, que podría haberse extendido al resto del Cono Sur de no ser por las rencillas de Bolívar con otros caudillos de la emancipación latina como San Martín, O'Higgins o Sucre, miembros todos de la logia; y la intervención de los intereses económicos y expansionistas de Inglaterra y Estados Unidos, que promovieron la secesión hacia 1831.

El joven reportero me quedó mirando y agregó:

—Además del hecho de que Ecuador y Venezuela querían mayor autonomía y que Perú, Chile y Argentina jamás se sintieron parte de la unión al no ser países liberados por Bolívar.

—Hiciste tu tarea —le respondí.

Sonrió. Supongo que habíamos llegado a la complicidad de entrevistador-entrevistado que buscaba desde que apareció en la

pantalla de mi teléfono, llamando con insistencia desde Santiago de Chile. Le encargaron una exclusiva acerca de mi anunciada próxima novela y saber cómo me estaba yendo en Shanghái, en el rodaje de la miniserie que Max producía de *La catedral antártica*, el libro que me hizo muy famoso y muy rico.

Lo último era lo más importante.

Es el precio de haberme convertido en el escritor latinoamericano más exitoso de la década, millonario a punta de inventar historias tan fáciles de leer como comer una hamburguesa, y en persona no grata para buena parte de la intelectualidad chilena, empezando por mi familia. Perdón, mi exfamilia. Sueno pedante, pero no porque quiera serlo (soy una excelente persona), sino porque así lo planeó el preciso manual de instrucciones redactado por Caeti Castex, mi agente en español (un exagerado catalán de origen francés anclado en una oficina decorada con demasiados afiches de viejas películas de Audrey Hepburn en el quinto piso de un exagerado edificio en Barcelona, la más exagerada de las ciudades del planeta), y mis editores en Nueva York y Madrid.

Desde que mi libro se convirtió en éxito internacional y decidieron adaptarlo a la televisión con el nombre de Steven Spielberg liderando a los productores ejecutivos, soy más noticioso que mis propias obras.

—Señor Miele —continuó el periodista chileno, sin mirarme a los ojos.

—Elías —lo corregí, acercándome a propósito a la cámara instalada tras la superficie trasparente del móvil—, llámame Elías, somos compatriotas, algo de cercanía tenemos.

—Aunque hace casi diez años que no vive en Chile.

—El origen no se pierde.

—Ni haya vuelto a pisar suelo chileno.

—Eso no depende de mí.

—Fue usted quien no se presentó al juzgado.

—Todos tenemos que pagar una cuenta...

—¿Por el éxito?

—Por lo que sea.

Se quedó callado. Por la ventana del programa de mensajería lo percibí incómodo, como buscando entre sus notas la pregunta justa para continuar.

—Hace poco confesó a un diario de Miami que se sentía un exiliado —prosiguió.

—Lo soy, en cierto modo. No solo existen los exiliados políticos.

—Esas palabras no cayeron muy bien por acá.

Un mensaje pendiente apareció en la bandeja de entrada. El remitente era la oficina de Caeti y el asunto una respuesta al correo que le había enviado hace dos días: “Primer capítulo”. Lo abrí y mientras respondía como muerto en vida las siguientes preguntas del colega chileno, seguí las escuetas líneas del catalán que administraba y le daba valor a mi nombre y apellido. «Deberías dejar de hablar de un libro del que no tienes ni cincuenta páginas escritas. Y del cual yo, como tu agente, aún tengo dudas. Revisé lo que me mandaste. ¿Perú? ¿Por qué coño ha de comenzar en Perú? A nadie le interesa Perú, ni a los peruanos, hasta Vargas Llosa dejó de escribir de Perú hace como un milenio». Y luego en altas: «ACERCA DEL TÍTULO, TENEMOS UN TEMA CON LO DE LA CUARTA CARABELA. Besos».

¿Un tema? ¿Qué clase de tema? Creo que jamás en mi carrera se me había ocurrido un mejor título que *La cuarta carabela*.

3

El entrevistador aprovechó un lapso de silencio para guiarme hasta el tópico de moda entre la comunidad del *best seller* mundial, si acaso había conocido a Bane Barrow. Aunque Caeti me había dejado flotando entre las lunas de Júpiter con lo de «ACERCA DEL TÍTULO», volví rápido al aquí y ahora para contestarle.

—Estuvimos juntos un par de veces en Nueva York, comparábamos el mismo agente de derechos cinematográficos —escupí en automático.

—A usted lo llaman el Bane Barrow chileno.

—Latinoamericano —corregí—, pero, en fin, Javier Salvo-Otazo es el Bane Barrow español, también hay uno en Francia y como dos en Alemania. El mundo está lleno de Bane Barrow...

—¿No eran amigos?

—No, pero la relación era buena. Era un sujeto agradable, además le gustó mucho *La catedral antártica*. De hecho, fue él quien impulsó a que el libro fuera comprado por Legendary para Max, cuando escribió en *Entertainment Weekly* que era la novela más entretenida del año.

¿Qué mierda pasa con *La cuarta carabela*? Es un título estupendo.

—Entonces es cierta esa historia.

—Nunca he dicho que no lo fuera. Tengo claro que gracias a la generosidad de Bane Barrow —y a su frase en la contraportada, cosa que no dije— mi novela se convirtió en éxito de ventas. Se lo agradecí en la oportunidad y se lo sigo agradeciendo, siempre lo voy a hacer.

—¿Lamentó su muerte?

—Mucho, es una gran pérdida para sus lectores y para la industria editorial.

—¿Y qué cree, suicidio o asesinato?

—¿Por qué alguien querría matarlo?

—Abundan las teorías de examantes despechados; hay muchos rumores alrededor de su persona, es bastante público el escándalo con su primer editor...

—Puede ser, la verdad es que no he pensado mucho en los motivos de su muerte. Prefiero lamentarla como la tremenda pérdida que fue.

—Sin embargo, usted declaró en una reciente entrevista que le parecía extraño que un hombre con un ego tan grande optara por suicidarse.

—Y me lo parece. Eso, sin embargo, no quiere decir que crea que lo asesinaron.

—¿Entonces?

—Y yo qué sé —me encogí de hombros—, la vida y la muerte tienen más vueltas que una oreja —me detuve—. Disculpa, ¿en qué entrevista dije lo del ego de Barrow?

—Al *País*, lo contactaron al día siguiente de la muerte de Bane... Era cierto.

La cuarta carabela, la cuarta carabela, la cuarta carabela... Caeti, hijo de puta, sabes que no soporto que me hagas esto.

—Recién hablábamos de lo de Max. Muchos lectores se preguntan por qué rodar en Shanghái, incluso hay debates en Internet al respecto. *La catedral antártica* transcurre en Sudamérica y en la Antártica, ¿tiene la miniserie alguna variación respecto de la trama original?

—Cambios menores, los guionistas fueron bastante respetuosos con mi material, incluso me permitieron corregir la versión final.

—¿Por qué Shanghái?

—Shanghái no aparecerá en la película, ni siquiera China, los lectores pueden estar tranquilos.

—¿Entonces?

—Logística, Legendary tiene estudios acá, la mano de obra es más barata y además los chinos no ponen problemas cuando tienes dinero y necesitas arrendar un submarino nuclear de fabricación rusa.

—¿El barco de Omen?

—El barco de Omen —repetí, subrayando el nombre del villano de mi historia.

¿*La cuarta carabela, la cuarta carabela, la cuarta carabela?*

—¿Y Chile?

—El sur de nuestro país y la Antártica serán recreados en Terranova mediante posproducción digital. Hay que entender —continué— que la serie es producida por norteamericanos. Es de ellos, no mía. Ojalá en Santiago lo tuvieran claro y dejaran de arrojarme tanta mierda. Además en Chile ni siquiera hubo interés en coproducirla y para qué mencionar la nula facilidad que dio el gobierno para localización en el territorio.

—En su caso, la caridad parece que no empieza por casa.

—No se trata ni de caridad ni de casa, solo de Max, Warner y Max. Por favor, anota bien eso.

Volvió a silenciarse un minuto, luego cambió radicalmente de tema:

—Volvamos a su nuevo libro.

¿*La cuarta carabela, la cuarta carabela, la cuarta carabela?*

—Usted ha declarado que, más que una obra de ficción, la novela será un trabajo documental disfrazado de ficción.

—¿Dónde declaré eso? —dije solo para incomodarlo, aunque mi cabeza estaba cada vez más lejos.

—En las redes sociales, lo encontré por YouTube —me contestó, nervioso.

—No me acuerdo, pero puede ser.

—Entonces es cierto.

—¿Qué es cierto? —pregunté en modo zombi mientras volvía a leer el mensaje de Caeti: «ACERCA DEL TÍTULO, TENEMOS UN TEMA...».

—Que se trata de un trabajo de no ficción presentado bajo la armadura de una novela —respondió el periodista. Me gustó eso de “armadura”.

—Es la línea que me interesa, la novela documental, basada en hechos desconocidos pero comprobables. Que el lector descubra